



Los valores (in)conmensurables del alerce. Dinámicas mercantiles, comunales y patrimoniales a lo largo de la historia socioambiental de Cochamó, Chile¹


Andrea Freddi

Universidad de Los Lagos, Chile ✉ 

Lucaz González

Universidad Alberto Hurtado, Chile ✉ 

Felipe Cecchi

Universidad de Los Lagos, Chile ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/rao.95182>

Recibido: 21 de julio de 2023/ Aceptado: 18 de enero de 2024

ES Resumen: El alerce, denominado *lahuán* o *lahual* en mapudungún y de nombre científico *Fitzroya cupressoides*, es una especie arbórea de considerable altura y longevidad excepcional, endémica de un área del sur de Chile y Argentina. La facilidad con que puede trabajarse, su bajo peso y resistencia a la humedad, hicieron a su madera altamente valorada. En este artículo, basado en una etnografía del territorio de Cochamó en la Patagonia chilena, se analizan las formas de relación entre humanos y alerces desde una perspectiva diacrónica que se enfoca en los procesos de creación del valor, ubicándolos dentro de redes locales y globales de poder, comercio y significado. En este sentido, se abordan tres formas de valoración del alerce: el valor mercantil que se afirma en la época colonial; el valor comunal vinculado a su uso doméstico en el contexto una sociedad de “colonos marginales”; el valor patrimonial que impulsa los procesos de turistificación y conservación actuales.

Palabras clave: alerce; bosque; Patagonia; valor; turismo; colonos.

ENG The (in)commensurable values of *Fitzroya cupressoides*. Mercantile, communal, and patrimonial dynamics throughout the socioenvironmental history of Cochamó, Chile

Abstract: The alerce, named *lahuán* or *lahual* in mapuche language and *Fitzroya cupressoides* as a scientific name, is a tree species of considerable height and exceptional longevity, which is endemic to Chilean and Argentinean south. Its wood has been highly valued for its low weight, resistance to humidity and malleability. This paper is based on an ethnography of Cochamó's territory, in Chilean Patagonia, and it analyzes the forms of relation between human and alerces from a diachronic perspective, focusing on the processes of creation of value by understanding them in the context of local and global nets of power, commerce and meaning. In this sense, we highlight three systems of values: the commodity value of the colonial era; the communal value related to the domestic use of alerce wood of a society of marginal settlers; the patrimonial value that fosters contemporary processes of turistification and conservation.

Keywords: *Fitzroya cupressoides*; forests; Patagonia; value; tourism; settler-colonialism.

Sumario: 1. Introducción. Como una mina de oro. 2. Antecedentes del caso de estudio y consideraciones metodológicas. 3. Los valores del bosque. 4. El valor mercantil: reales de madera y modernidades frustradas. 5. Los intentos frustrados de extracción industrial del alerce. 6. “Como hoja de libro”: el valor comunal. 7. Alerces, espiritualidad y negocios: el valor patrimonial. 8. Conclusiones.

Cómo citar: Freddi, A.; González, L.; Cecchi, F. (2024). Los valores (in)conmensurables del alerce. Dinámicas mercantiles, comunales y patrimoniales a lo largo de la historia socioambiental de Cochamó, Chile. *Revista de Antropología Social* 33 (1), 109-125. <https://dx.doi.org/10.5209/rao.95182>

¹ Este artículo cuenta con los financiamientos de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile (ANID), proyecto Fondecyt de Iniciación 11220920.

1. Introducción. Como una mina de oro

Al sur del río Puelo, la geografía del Estuario del Reloncaví se abre en una planicie que interrumpe momentáneamente el contacto directo entre el mar y la cordillera. El llano es dominado por la masa del volcán Yates, cuya cima nevada irradia la luz de un insólitamente soleado día invernal. Estamos buscando los vestigios de unas instalaciones madereras que la memoria local atribuye a la empresa alemana Faber Castell, abandonadas a causa de un incendio ocurrido en los años 60. Se dice que el mismo predio, donde se talaban alerces milenarios para la confección de lápices, está a punto de convertirse en uno de los "loteos ecológicos" masivos que amenazan con transformar la comuna rural de Cochamó (X Región de Los Lagos) en un concurrido destino vacacional patagónico. Otras voces relatan que los actuales propietarios quieren convertir el terreno en un parque natural privado. En un territorio donde el juego entre la inmensidad sublime del paisaje y las constricciones de la propiedad privada favorecen la contemplación y limitan la movilidad, los sitios históricos tienden a ocultarse. Tardamos unas horas en encontrar el lugar que, según creemos, nos puede proporcionar información sobre el trabajo alcerero de antaño y los intereses verdes de hoy, dos formas de otorgar valor a los recursos locales de alguna manera relacionadas.

Alejandro² deja de arreglar una maquinaria agrícola y se da el tiempo de atender a los forasteros que lo solicitan; quedamos un rato conversando apoyados en los dos lados de la tranquera que da acceso a su propiedad. "Un día", relata Alejandro, "se me perdió una vaca. La busqué por todos lados y nada, el animal no aparecía." Se adentró a caballo en la cordillera y logró encontrar sus huellas, que siguió hasta que el anochecer detuvo forzosamente su búsqueda. Hizo fuego, tomó mate, y descansó unas horas. La mañana siguiente localizó la vaca en una pampa de la cual no recordaba la existencia. Se encontraba en proximidad de las ruinas de las antiguas instalaciones de Faber Castell. El animal pastaba plácido al lado de un cúmulo de madera aserrada. Alejandro entendió de inmediato de qué se trataba, pero quiso estar seguro: dio un golpe de machete que desprendió la capa más superficial oscurecida por la intemperie. El rojo vivo del alerce brilló frente a sus ojos. "Había como 20, 30 basas³ de alerce. ¿Se dan cuenta? Eso es como encontrarse una mina de oro". Volvió a su casa con el animal perdido para reunirlo con el resto del ganado, el principal medio de su esforzada subsistencia campesina, y dejó la fortuna accidental ahí donde la encontró. Un día un caballero tocó a su puerta y le preguntó si por casualidad no sabía de unas basas de alerce perdidas en la cordillera, pues la explotación intensiva de la empresa alemana debía haber dejado remanentes de esta madera de gran valor. Alejandro le explicó el camino para llegar a su valioso hallazgo. Sin embargo, el caballero llegó al punto exacto y no encontró el alerce. "Las busqué mucho rato. Estuvo como tres días en la cordillera y cuando bajó venía re enojado. Pensaba que yo le había dado mal el camino, pero no, po. Lo que pasa es que cuando uno lo busca, el alerce se esconde".

Si bien ya estábamos familiarizados con la épica de las proezas gauchas en la cordillera y con los astutos artificios retóricos de los narradores locales, el relato de Alejandro nos dejó fascinados y nos sugirió una clave para comprender las relaciones entre seres humanos y alerces en la comuna de Cochamó. La moraleja del cuento, que el narrador enuncia explícitamente al final, nos hizo pensar en Taussig (1980) y en la naturaleza diabólica imputada al capitalismo por la moralidad de las economías campesinas. La codicia de la explotación con fines comerciales y de la riqueza conseguida sin esfuerzo lleva fatalmente al fracaso, insinúa Alejandro, pues termina en llamas o en un vagabundeo sin rumbo, vano y resentido. Como entendimos durante el trabajo etnográfico, a lo largo del siglo XX la explotación del alerce fue destinada en Cochamó principalmente a la construcción de la vivienda familiar, embarcaciones y otros artefactos esenciales para la subsistencia, además de ser acompañada por prácticas de reciprocidad. Las arduas expediciones en la cordillera para llegar a los alerzales, la dificultad del trabajo de tala y transporte de la madera compensada por la camaradería generada a lo largo de días y noches acampando en la montaña, las técnicas de confección de las tejuelas y los trueques basados en las mismas, fueron la trama imprescindible del tejido social local por lo menos hasta la prohibición de la tala del árbol en 1976. Sin embargo, sería ingenuo pensar en una contraposición inconmensurable entre esta forma de uso y la modernidad capitalista: el territorio en cuestión formó parte, durante el periodo colonial, de la provincia de Chiloé, aislado enclave español cuya principal fuente de ingresos fue la venta de madera de alerce a los principales centros del virreinato de Perú. Además, la actual comuna de Cochamó fue poblada dentro de un proceso de expansión del Estado y de los capitales de finales del siglo XIX e intentos de explotación del alerce con fines comerciales se dieron en esta área a lo largo del siglo XX. La centralidad de la preciada madera dentro de estos procesos continuos de colonización y, al mismo tiempo, su rol fundamental en plasmar vínculos de reciprocidad comunitarios y una forma específica de habitar el territorio, dan lugar a una dialéctica que creemos necesario abordar desde una perspectiva diacrónica que se enfoque en los procesos de creación del valor en torno al alerce. A partir de la perspectiva del valor, el objetivo de este artículo es dar cuenta del amplio repertorio de significados, discursos, prácticas y normas sociales generados a partir de las interacciones entre alerces y humanos en el territorio de Cochamó.

El artículo procede reseñando algunos antecedentes históricos y demográficos de la comuna, más la metodología y técnicas utilizadas para producir la información de este artículo. Posteriormente, se revisan los principales abordajes antropológicos sobre los bosques y el valor, adoptando una postura cercana a los planteamientos de autores como Anna Tsing (2005; 2013) y David Graeber (2013; 2018),

² Por razones de confidencialidad, todos los nombres de personas son seudónimos.

³ Localmente se denomina basa a una gran pieza de madera con forma de viga, extraída del tronco del árbol para su transporte y posterior elaboración de tablas u otras piezas menores.

enfocándose en las formas de convivencia y dependencia entre humanos y no-humanos, sin entender sus relaciones en los términos esenciales de armonía y conquista, sino ubicándolas dentro de trayectorias históricas específicas que articulan redes locales y globales de poder, comercio y significados. Dentro de este marco conceptual se abordan tres formas de valoración del alerce en el área de estudio, cuya división sigue una lógica cronológica y conceptual: 1) el valor mercantil del alerce que se afirma en la época colonial y prosigue durante el periodo republicano por medio de intentos de explotación industrial; 2) el valor comunal del alerce vinculado a su uso doméstico, que se forja a lo largo del siglo XX en el contexto de la sociedad de “colonos marginales” del territorio cochamonino; 3) el valor patrimonial del alerce que se inaugura con la prohibición de la tala en 1976 e impulsa los procesos de turistificación y conservación actuales.

2. Antecedentes del caso de estudio y consideraciones metodológicas

El área en estudio posee características ecológicas e históricas peculiares. La actual comuna de Cochamó comprende aproximadamente 3.900 km² y es habitada por cerca de 4.000 personas (Instituto Nacional de Estadísticas, 2017), que se concentran en sus dos principales centros poblados, Cochamó y Río Puelo. Con cerca de un habitante por km², Cochamó es uno de los territorios menos densamente poblados del país. Se estima que antes del comienzo de la explotación de la especie, a mediados del siglo XVI, el territorio de la actual comuna de Cochamó fue el espacio con mayor cobertura de bosques de alerce. Cesada su explotación hacia fines del siglo XX, poco más de la mitad de esta superficie permanecía en pie (Pizarro y Zoloezzi, 2004), siendo hoy la comuna una de las áreas con mayor concentración de la especie, dentro de su actual área de distribución.

Históricamente, el territorio de Cochamó ha sido un lugar de tránsito y contacto entre los espacios cordilleranos y las costas del océano pacífico (Podestá, Bellelli y Scheinsohn, 2008; Moya, Sierralta y Gutiérrez, 2019). Durante la segunda mitad del siglo XIX los Estados chileno y argentino pusieron sus esfuerzos en incorporar, sin escatimar el uso de la violencia genocida, los territorios australes todavía en posesión de pueblos originarios. En este nuevo embate colonizador, Cochamó se configura como espacio de frontera, esta vez en los márgenes del territorio de colonización que tuvo como centro en esta parte de Chile las áreas de Puerto Montt y Llanquihue. A diferencia de estas comunas, en Cochamó, al igual que en territorios de Palena y Aysén, la ocupación se dio de manera más bien espontánea por parte de familias campesinas de la zona de Chiloé y de pobladores que se vieron expulsados por la “colonización blanca” promovida por el Estado en las tierras más productivas del sur

de Chile. Los intentos del Estado, desde comienzos del siglo XX, por llevar hasta este territorio el latifundio, el desarrollo industrial y la acumulación capitalista, por medio de concesiones de tierras a compañías ganaderas y madereras, no tuvieron la continuidad esperada. Así, los pobladores de estas tierras permanecieron en una condición de aislamiento geográfico y marginalidad, y, a lo largo del siglo XX, sostuvieron la economía del territorio sobre una producción agroganadera de carácter campesino⁴, con facilidad de acceso a las tierras pero escasa conexión a la economía monetaria. Se conforma así una sociedad ubicada en los márgenes del Estado donde colonos “nacionales”, el grupo mayoritario, y colonos de origen indígena y europeo tienen que convivir en unas condiciones de relativa igualdad, si bien existió cierta estratificación social, debido primariamente a la cantidad de ganado o al acceso privilegiado a recursos como el alerce⁵.

Los datos que se presentan a continuación se basan en un trabajo de campo desarrollado entre enero de 2020 y junio de 2023, el cual incluyó estadías en los principales poblados y en localidades costeras y cordilleranas menores, dentro del territorio de la comuna de Cochamó y en sectores aledaños en Chile y Argentina. Se utilizaron diversas herramientas de investigación etnográfica. Entendemos la etnografía como una metodología capaz de caracterizar conexiones globales, dando cuenta de procesos que forman parte de una trama que conectan puntos a través del espacio y contextos culturalmente diversos que son capaces de particularizar y cuestionar las narrativas universales (Tsing, 2005). Como parte de las técnicas características de la etnografía, realizamos entrevistas e historias de vida con pautas abiertas, profundizando en aquellos aspectos asociados al alerce. Además, empleamos recorridos comentados para estudiar las prácticas espaciales de los sujetos de estudio *in situ*, acompañándolos en las antiguas rutas usadas para extraer y trabajar la conífera y así comprender “el rol constitutivo y el significado trascendental de ambiente físico” (Kusenbach, 2003: 458), adentrándose en las percepciones y vínculos biográficos entre las personas y los espacios. A partir de la triangulación de los datos obtenidos en las entrevistas y recorridos comentados, georreferenciamos algunos caminos y los principales puntos de explotación del alerce, utilizando las herramientas de los Sistemas de Información Geográfica Cualitativa (QGIS por sus siglas en inglés), para representar cartográficamente los testimonios sobre procesos y experiencias locales asociados a la extracción del alerce (Boschmann y Cubbon, 2013), complementado con información oficial georreferenciada por la Infraestructura de Datos Espaciales y “Cochamó a un Click”⁶.

⁴ En este contexto, desde la tercera década del siglo XX, con la entrada en vigencia de las leyes de propiedad austral, se dio un proceso de constitución de propiedad de la tierra, a la fecha aún inconcluso, en base a la regularización paulatina de la posesión efectiva por parte de estos colonos, de las que eran consideradas tierras fiscales.

⁵ Estos rasgos históricos e etnográficos propios de las poblaciones de la Norpatagonia chilena se tratan con mayor profundidad en otras publicaciones resultado del mismo proceso de investigación (Freddi 2022; 2023).

⁶ <https://cochamoanclick.cl/>



Figura 1. Bosque de alerces en Cochamó, sector Las Gualas. Autoría: Pablo Fernández.

3. Los valores del bosque

Nuestro interés por el alerce nos lleva a considerar los distintos abordajes conceptuales propuestos por la antropología para comprender el bosque, el ambiente, y su interacción con los humanos. Generalmente, se ha puesto el énfasis en las interacciones entre distintos grupos sociales, que han debido negociar diferentes maneras de relacionarse con los bosques y las entidades que allí habitan. Los procesos históricos y políticos que están a la base de estos (des)encuentros contemplan un espectro temporal bastante amplio, desde contextos coloniales hasta procesos contemporáneos de turistificación y conservación ambiental (Harper, 2003; Turner, 2003, 2008; Tsing, 2005, 2013; West, 2005; Kockelman, 2016).

El colonialismo suele ser visto como un proceso de desposesión a través del cual se erradican formas preexistentes de vinculación entre humanos y no-humanos, para imponer una lógica cultural de tipo instrumental que ve en la naturaleza una *tabula rasa* y convierte sus recursos en mercancías, para ser intercambiadas en un mercado mundial de incipiente consolidación (Burow, Brock y Dove, 2018; Di Giminiani y Fonck, 2015; Harper, 2003; Skewes, Guerra, Rebolledo, *et al.*, 2020; Tsing, 2005, 2013). Como una forma de enfrentarse a esta lógica, varias reflexiones antropológicas han adoptado enfoques neomaterialistas, cuestionando los paradigmas constructivistas y/o representacionales que tienden a subestimar los aspectos materiales de la vida y fortalecer la distinción entre naturaleza y cultura. Precisamente, Ingold (2000) cuestiona las interpretaciones que postulan que la naturaleza sea

construida culturalmente, por suponer artificialmente una división entre el mundo intencional de los humanos y la realidad material de la naturaleza. Por el contrario, plantea la importancia del involucramiento práctico de las personas con el ambiente, lo que no proviene de cosmovisiones diferentes, sino de distintas maneras prácticas de aprehender el mundo. Otros autores han optado por formulaciones que postulan la existencia de ontologías radicalmente diferentes a las de Occidente, constituidas por prácticas y formas de vida que vinculan un complejo tejido de materiales orgánicos e inorgánicos (Escobar, 2017). En esta línea, algunos autores argumentan que en el bosque habitan seres con capacidad comunicativa y puntos de vistas propios (Kohn, 2013); así como espíritus que hacen indiscernible lo humano y no humano (Viveiros de Castro, 2007).

Este tipo de reflexiones han sido el fundamento para que muchos estudios antropológicos postulen la imposibilidad de deslindar la historia natural de la historia social de los bosques, pues allí convergen e interactúan seres humanos y no humanos que son parte fundamental para la reproducción material y simbólica de la vida (Harper, 2003; Tsing, 2005, 2013; West, 2013; Di Giminiani y Fonck, 2015; Kockelman, 2016; Skewes, 2016; Skewes, Guerra, Rebolledo, *et al.*, 2020). En este trabajo adoptamos este punto de vista relacional, aunque creemos imprescindible comprender estas prácticas a partir de contextos históricos y políticos específicos, para evitar caer en simplificaciones esencialistas. En este sentido, recogemos la invitación de Anna Tsing (2005, 2013) de reconocer el carácter desordenado del capitalismo

global, cuestionado su carácter totalizante, unívoco, coherente, y capacidad de permear el mundo entero con una misma lógica cultural. La antropóloga propone, en cambio, comprenderlo a partir de las maneras concretas en que éste opera en el mundo, es decir cómo en su proceso de expansión se entrelaza a contingencias históricas y culturales específicas, estableciendo así nuevos y diversos arreglos de cultura y poder (Tsing, 2005, 2013). Estos encuentros, heterogéneos y desiguales, que Tsing invita a pensar a través de la metáfora de la fricción (Tsing 2005, 2013), dan cuenta de un mundo que difícilmente podemos leer en los términos excluyentes de una inconmensurabilidad entre modos de producción, culturas, o incluso ontologías, unas afines al capitalismo y otras que se les oponen. Dones y mercancías, nos dice, retomando una distinción clásica del debate antropológico, nunca se encuentran de forma pura, sino que se imbrican recíprocamente. Como dice Tsing, a pesar de la propiedad privada, los mercados, y el fetichismo de la mercancía, eliminar el don de las mercancías nunca es sencillo (2013: 21).

Esta acotación resuena con las críticas que la antropología contemporánea ha hecho a la distinción entre dones y mercancías por imputar a los primeros el rasgo definitorio de las economías precapitalistas, habitualmente idealizadas y romantizadas bajo la idea de reciprocidad (Appadurai 1986; Myers, 1996). En tal sentido, se cuestiona que la interpretación de este tipo de intercambio enfatice la función social que cumplen, por encima de los objetos intercambiados, descuidando la materialidad de las cosas (Appadurai, 1986; Myers, 1996). Si bien Appadurai (1986) trató de resolver esta problemática postulando que cualquier objeto es una mercancía en potencia, dependiendo de la fase de su vida social y cómo su valor es establecido y negociado durante el intercambio entre distintos regímenes de valor, hay por lo menos tres críticas que pueden ser planteadas desde los enfoques neomaterialistas y la teoría antropológica del valor. Primero, los objetos son entendidos como entidades discretas y autocontenidas, independientes de sus conexiones y relaciones con las personas (Strathern, 1992). Segundo, el énfasis en los intercambios como instancias de valorización de las cosas supone pasar por alto cómo es que ciertos objetos adquirieron determinado valor e importancia, que los hizo meritorios de ser intercambiados en primera instancia (Graeber, 2013, 2018; Eiss, 2018). Tercero, establecer la universalidad de la mercancía y diluir la distinción entre dones y mercancías no permite distinguir las características que distinguen a los regímenes de valor que entran en contacto (Graeber, 2013, 2018), ni los contextos históricos en que estos intercambios tienen lugar (Gregory, 1997; Eiss, 2018).

En tal sentido comprendemos que el valor es un fenómeno relacional, puesto que se cristaliza en ciertos objetos en los que se invierten determinadas actividades y afectos, siendo reconocidos como importantes y significativos para la reproducción de los miembros de una comunidad y, por tanto, consustanciales a sus identidades individuales e identidad colectiva (Weiner, 1980, 1985; Munn, 1992; Comaroff y Comaroff, 2005; Graeber, 2013, 2018). Entendemos que hay una relación de mutua incorporación entre

las cosas y las personas que trascienden, pero no excluyen necesariamente el interés utilitario, puesto que implican historias, biografías, memorias y nociones de *personhood* (Weiner, 1980, 1985; Strathern, 1992; Gregory, 1997; Kockelman, 2016). Graeber (2013) enfatiza que las sociedades donde predominan las llamadas economías del don se caracterizan por producir personas, resaltando la importancia y la creatividad del trabajo reproductivo sin subordinarlo a la reproducción de fuerza de trabajo, por lo que la principal finalidad del trabajo es formar ciudadanos adecuados para sus comunidades más que generar riquezas. Por estos motivos resulta pertinente hacer uso de la distinción entre dones y mercancías con fines analíticos. Mientras que los dones corresponden a objetos intercambiados que generan y reafirman alianzas entre las personas, pues contienen cualidades de las personas que impelen a la reciprocación continua, cuyo valor radica precisamente en las obligaciones sociales y conexiones que implican (Tsing, 2005, 2013); las mercancías, por otro lado, son transadas según un valor de cambio estandarizado por el mercado, tendiendo a la impersonalidad de los vínculos. Esta distinción es analítica y no pretende escindir hechos que en la práctica concurren simultáneamente, sino reconocer el carácter caótico del capitalismo y la contemporaneidad de distintos sistemas de valor que les son propios para su expansión, reproducción y cuestionamientos (Gregory, 1997; Tsing, 2005, 2013).

Con estas premisas teóricas, nuestro análisis busca resaltar al valor como un fenómeno dependiente de las cualidades materiales de ciertos objetos que, a su vez, son indisociables de la acción práctica de las personas. Ofrecemos una interpretación del alerce a través de la teoría del valor complementaria a enfoques neomaterialistas, en tanto esta especie arbórea presenta ciertas cualidades que la hacen particularmente vital para comprender la acción y la organización social de los pobladores de Cochamó, pues hay objetos que encapsulan relaciones, historias, recuerdos, afectos, etc., que desafían cualquier simple oposición entre naturaleza y cultura, o economía y moralidad (Myers, 1996; Graeber, 2013, 2018; Kockelman, 2016).

4. El valor mercantil: reales de madera y modernidades frustradas

Para comprender los procesos de valoración del alerce y la manera en que estos forjan relaciones sociales en el territorio de Cochamó, es imprescindible mirar al contexto histórico de Chiloé insular y continental. Sin afán de ser exhaustivos, se presentan acá algunos hitos significativos acontecidos desde la colonización española hasta mediados del siglo XX que nos muestran cómo la madera de alerce se convierte en preciada mercancía y su explotación en uno de los principales atractivos económicos de esta región. Se considera, por lo tanto, el valor fundacional de las faenas alerceras al plasmar una forma de habitar propia de un contexto marginal y fronterizo articulado al capitalismo global.

La historia del uso humano del alerce puede rastrearse desde los 10000 años AP, encontrándose artefactos confeccionados con su madera asociados a las primeras evidencias de ocupación humana en

la Norpatagonia occidental (Dillehay, 1990). La utilización prehispánica del alerce habría estado principalmente asociada a usos medicinales, la elaboración de utensilios y la construcción de la dalca, una pequeña embarcación compuesta de tabloncos cosidos (Latcham, 1930; Molina, Correa, Smith-Ramírez, *et al.*, 2006; Torrejón, Cisternas, Alvial, *et al.*, 2011). Desde su llegada a la zona, a mediados del siglo XVI, el alerce fue para los europeos objeto de particular admiración (De Rosales, 1877; Urbina, 2011). La facilidad con que puede trabajarse sin necesidad de ser aserrada, su bajo peso y resistencia a la humedad, hicieron a su madera altamente valorada para uso, en forma de tablas y tejuelas, como revestimiento de todo tipo de construcciones. Ello impulsó tempranamente una explotación intensiva de la especie, que mostraría desde entonces un incremento constante durante casi cuatro siglos, hasta la segunda mitad del siglo XX (Lara, Echeverría, Thiers, *et al.*, 2008; Torrejón, Cisternas, Alvial, *et al.*, 2011).

Fue en la colonial provincia de Chiloé donde esta actividad cobró la mayor importancia, contando su territorio continental con vastos alerzales y hallándose en buena parte despoblado de nativos a consecuencia de la guerra de frontera. En el marco de la encomienda, el trabajo alercero fue una de las tareas principales en que se utilizó la mano de obra indígena y, terminada la encomienda, los nativos debieron continuar pagando tributo casi exclusivamente en tablas de alerce (Torrejón, Cisternas, Alvial *et al.*, 2011). Así, desde el siglo XVII la explotación del alerce se convirtió en la mayor actividad económica de Chiloé, siendo su madera el bien más relevante para su conexión con el circuito comercial del Virreinato, y el principal sustento del aislado enclave español. Las autoridades administrativas y los comerciantes de la provincia de Chiloé fueron quienes lograron hacerse de las ganancias del negocio alercero a nivel local (Urbina, 2011; Morales, 2014), aprovechando el acceso libre a los bosques y el bajo costo de la mano de obra de indígenas, mestizos y españoles pobres, que cada verano se convirtieron en “tableros” o “hacheros” (Urbina, 2011). La enorme gravitación económica del alerce, sumada a la escasez de dinero circulante en la provincia, llevó a la tabla de alerce a convertirse durante todo el periodo colonial, y hasta bien entrado el siglo XIX, en la moneda de cambio del comercio local, ganándose así el nombre de “real de madera” (Fonck, 1896; Reiche, 2013). Asimismo, se puede advertir su relevancia en la esfera de la vida cotidiana, que propició el desarrollo de múltiples y variados elementos culturales de uso común que hacen referencia a formas de trabajo alercero, tales como unidades de medición de tiempo y de distancia, o el hito del paso de la juventud a la adultez (Gunkel 1979; Urbina, 2011; Reiche, 2013).

A los ojos de observadores externos, el oficio de los tableros ya poseía la épica ambivalente que expresan también las narraciones recolectadas en terreno. La enorme dificultad del trabajo y el escaso valor pagado por este, contrastan con la valoración del sentido de aventura, del compañerismo, y

de las habilidades adquiridas. A fines del siglo XIX, Francisco Fonck, planteaba que:

Aunque este trabajo esté lleno de penas y privaciones, como lo pinta Menéndez, no deja de ofrecer sus atractivos y cierto aire de poesía, que son la causa que los tableros se dediquen a él con la mayor afición. Parece que a él principalmente se deben la robustez, la agilidad, las buenas aptitudes para andar por mar y tierra y el espíritu franco de los vecinos de Calbuco y Chiloé (Fonck 1896: 20).

El rol fundante de las aptitudes e incluso de la psicología de los chilotes, que Fonck atribuye al trabajo alercero, se corresponde con el valor fundacional que tuvieron las faenas alceras como origen de los poblados del estuario del Reloncaví, donde actualmente se concentra la mayor parte de la población de la comuna de Cochamó. Los primeros astilleros, como se llamó a los lugares de explotación alercera, empezaron a aparecer allí a mediados del siglo XVII (Molina, Correa, Smith-Ramírez, *et al.*, 2006; Urbina 2011). En ellos la explotación se daba durante los meses de verano, para el posterior traslado de la madera a Chacao y Ancud donde era comerciada y exportada. Estos astilleros, aunque fueron instalaciones temporales en un comienzo, durante los siglos venideros se fueron convirtiendo en asentamientos permanentes.

5. Los intentos frustrados de extracción industrial del alerce

Con el advenimiento del Estado republicano la explotación de las antiguas coníferas se vio significativamente intensificada, quintuplicándose el volumen de producción entre 1780 y 1870 (Torrejón, Cisternas, Alvial, *et al.*, 2011). La demanda principal de esta producción pasó a ser el pujante mercado nacional, especialmente de la zona norte, en proceso de industrialización producto del auge minero. A esto se sumó la cada vez mayor demanda local, producto de la colonización promovida por el Estado en el sector de Llanquihue y Puerto Montt (Urbina, 2011). Se constata también en este periodo un cambio en el modo de explotación del alerce, adoptándose la tala indiscriminada y el uso de aserraderos mecanizados, que resultaron en un gran impacto sobre la distribución de la especie⁷ (Torrejón, Cisternas, Alvial, *et al.*, 2011; Urbina, 2011).

Desde comienzos del siglo XX grandes áreas del patrimonio fiscal de Los Lagos, Aysén y Magallanes fueron entregadas por el Estado en concesión a compañías ganaderas y madereras a quienes se delegó la misión de poblar y modernizar el territorio recientemente anexado (Méndez y Muñoz Sougarret, 2013; Harambour, 2019). Mirando a la historia de Cochamó, puede verse que las compañías que operaron allí fallaron repetidamente en cumplir esta misión. La historia local está marcada por rápidos ciclos de auge y caída de proyectos industriales que han tenido un rol clave en definir la sensación de marginalidad que emerge en las significaciones locales del territorio. Rosa, pobladora del León Alto, lo expresa de la siguiente forma:

⁷ Esto llevó al Estado chileno a promulgar en 1859 una norma de protección del alerce que fue la primera norma de protección de un recurso forestal en Chile (Cabeza, 1988). El reglamento, que pretendía más bien restringir el tránsito y acceso a los bosques, no implicó un cambio significativo en favor de la conservación de la especie.

Cuando mi papá compró estas tierras, me dijo que había que tener paciencia porque pronto iba a llegar una carretera. Y no hubo. Yo pensé 'bueno, serán mis hijos los que verán la carretera'. Pero ahora que tengo nietos pienso que quizás ni siquiera ellos la van a ver.

A lo largo del siglo XX, en diversos puntos de la actual comuna de Cochamó se dieron intentos de explotación industrial del alerce de menor escala. Los datos aportados por informantes locales señalan que este tipo de faenas alerceras se ubicaron en los sectores de Candelaria –en los faldeos del volcán Yates–, Ralún, Factoría –próximo a la localidad de San Luis y Canutillar–, en Chaparano –próximo a la boca del estuario de Reloncaví–, y en Rehuelhué, en la sección media-alta del valle de Cochamó (ver Figura 2). Todos estos proyectos tuvieron una vida breve y en la memoria de los pobladores, terminaron fatalmente. En el caso de la explotación en Rehuelhué, iniciada por la empresa Mossó en 1958, fueron las condiciones geográficas las que impidieron el éxito de los planes. Así lo cuenta Horacio.

Mi papá vino como trabajador y él [su tío] vino como administrador. [...] Y la idea de la compañía era la explotación del alerce, explotar el Valle de Cochamó, porque tiene una riqueza incalculable en alerce. [...] Y ellos hicieron una prueba, me contaba mi papá, con cuarenta basas de alerce. En tiempo de mayo, en todas las crecidas grandes de invierno. Entonces la idea era tirarlas por el río de Cochamó, y la idea era que lleguen aquí abajo a la desembocadura del mar. Y no tuvieron éxito porque el

río Cochamó es muy quebrantado, tiene mucha palizada, entonces seguramente se atajaron y no llegó ninguna.

Aun cuando la explotación fue frustrada, la empresa a cargo, con base en Curacautín, alcanzó a movilizar trabajadores de otras regiones e instalar tanto en el área de explotación como en Cochamó, infraestructura que puede verse hasta el día de hoy. Las inversiones en casas, trabajadores e instalaciones industriales, la organización de sacrificadas expediciones para alcanzar los alerzales y los grandes incendios que se generaban para “limpiar” el bosque y facilitar la tala de los árboles, refuerzan en la conciencia de los pobladores locales la idea de que, como dice don Horacio, el alerce tiene una riqueza incalculable⁸. Sin embargo, esa riqueza que se entrevé en la espesura del bosque, nunca llega a concretarse y sin ella se esfuman los deseos de modernidad. En la realidad cotidiana de los cochamoninos el alerce no se convierte en mercancía capaz de generar ganancia, sino que mantiene principalmente un valor de uso. Como nos dice Facundo, es un material “asequible; construirse una casa no era tan caro. De hecho, era lo más barato pa la gente que vivíamos alrededor de los alerzales, porque lo sacabas tú mismo”.

Dado que el área de Cochamó mantiene una posición marginal dentro de las dinámicas de expansión del Estado y del capital en la Patagonia, el valor del alerce se determina en la dialéctica que se genera entre la conciencia de su potencial como productor de riqueza y su uso cotidiano como bien esencial de la economía campesina. Este uso cotidiano genera un mundo de relaciones y significados que pasamos ahora a relevar.

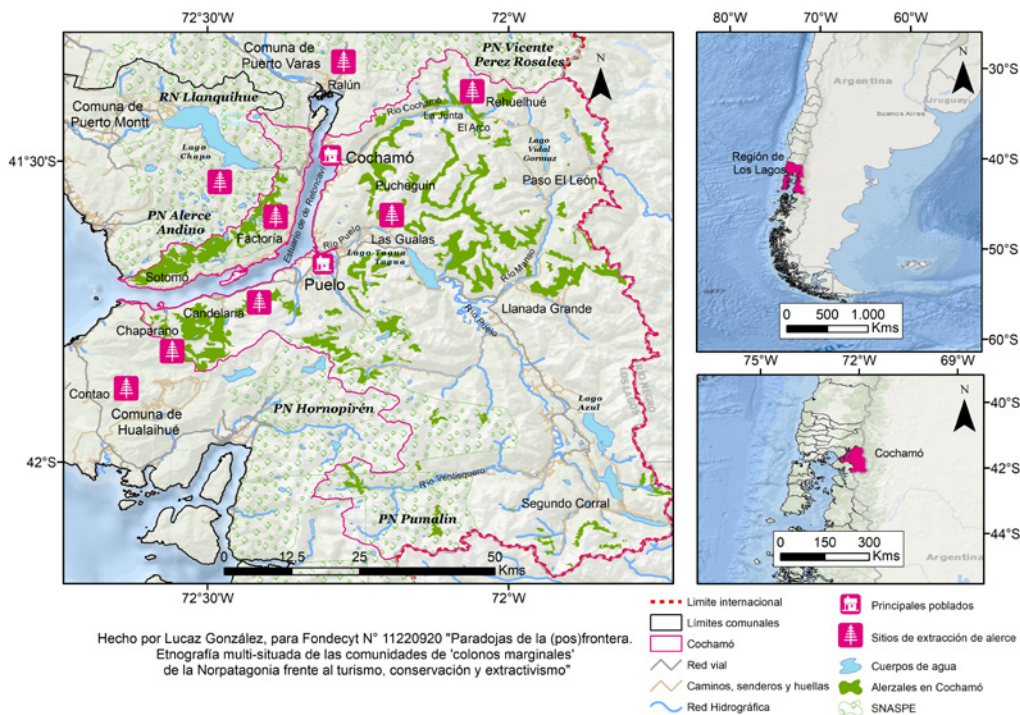


Figura 2. Mapa de la actual comuna de Cochamó con información sobre la explotación alercera.

⁸ La conciencia del alto valor mercantil del alerce es consolidada por la cercanía al territorio cochamonino de dos lugares donde, en cambio, los intentos de explotación industrial tuvieron éxito. Estos fueron los sectores de Hualaihué, donde a partir de los 50s operó una empresa de capitales norteamericanos, y en Lago Chapo, comuna de Puerto Montt (ver Figura 2).

6. “Como hoja de libro”: el valor comunal

Como ha sido analizado con detenimiento en otro trabajo (Freddi, 2023), dentro de las sociedades de “colonos marginales” de la Norpatagonia se revela una aparente contradicción entre el afán civilizador y el involucramiento sensorial y afectivo con el ambiente. Esta tensión se concentra en la figura del pionero, heroico protagonista de las memorias familiares y arquetipo moral fundante de la identidad local. El pionero es aquel que supo imponer un orden humano sobre las fuerzas salvajes del ambiente patagónico y que a la vez desarrolló una profunda conciencia de la interdependencia entre humanos y ambiente, resultado de un conocimiento adquirido por medio de una interrelación constante con sus fuerzas vitales. Las tres o cuatro generaciones que han habitado estas tierras desde la llegada de los primeros colonos chilenos han tenido que conformar un conjunto de relaciones sociales en un contexto de aislamiento geográfico, lejano de las instituciones estatales

pero cercano a la frontera argentina. La memoria de la existencia esforzada de los antepasados, así como la sabiduría adquirida durante los largos recorridos a caballo en la cordillera han ido conformando un vínculo afectivo con el territorio. “Estas tierras tienen valor porque nosotros supimos cuidarla” se escucha con frecuencia de parte de los pobladores locales como reacción frente a la reciente llegada de intereses inmobiliarios, hidroeléctricos y turísticos a la zona. Los desplazamientos, las prácticas y los productos del alerce son parte de estos “cuidados”, capaces de trazar una red de vínculos de reciprocidad más allá de fronteras y accidentes geográficos. Entendemos aquí el alerce como parte fundamental de valores comunales (Munn, 1976) y de la producción y reproducción de las personas (Graeber, 2013; 2018), que comprenden saberes, significados y afectos propios de una sociedad de herederos de colonos posicionada en los márgenes de los flujos de capital.



Figura 3. Casa de tejas de alerce en Cochamó, sector Llanada Grande. Autoría: Pablo Fernández.

Hasta la prohibición de la tala, ocurrida en 1976, el valor del alerce en Cochamó estuvo asociado a los marcos de una economía campesina en la cual fueron frecuentes los intercambios no monetarios, sobre todo de bienes de uso doméstico. El aislamiento geográfico de aquellos años mantuvo alejado a Cochamó del trabajo asalariado y limitó las posibilidades de consolidar el comercio en la comuna, siendo un contexto propicio para el trueque, característico de sociedades campesinas sin acceso regular al dinero⁹ (Humphrey y Hugh-Jones, 1992: 5). Si bien la ausencia

de una tasa de cambio estandarizada suele ser una de las características más identificadas con el trueque, la erosión de los derechos comunales sobre la tierra resulta una precondition fundamental para la alineación de ciertos bienes para su posterior intercambio (Gregory, 1982). Esto explica bien lo sucedido en Cochamó durante la primera mitad del siglo XX. Varios de los alerceros a los que entrevistamos señalaron que para acceder a los alerzales era frecuente transitar por propiedades de algunos vecinos, quienes permitían el acceso a sus predios a cambio de

⁹ Esto no debe inducir a pensar en una condición de pobreza generalizada. Se señala en terreno que no obstante la marginalidad, las propiedades extensas de tierra y en algunos casos de ganado, permitieron a algunas familias prosperar considerablemente. Para vender el ganado, este se trasladaba por medio de arreos que podían durar hasta un mes (Freddi, 2022).

una cantidad determinada de basas o tejuelas que era negociada *in situ*, puesto que era bien conocido el alto valor comercial que podía alcanzar el alerce. Así lo describe Horacio, señalando que los vecinos eran “vivarachos. A uno le decían ‘si ustedes sacan dos basas, me dejan una. Si sacan cuatro, me dejan dos’”.

La cualidad de “vivaracho”, coincidente con el interés individual, no impide que estos intercambios sean realizados en condiciones consideradas justas para cada una de las partes, a modo de generar relaciones de confianza que pervivieron en el tiempo (Humphrey y Hugh-Jones, 1992). Consecuentemente, los intercambios no monetarios, como trueques y dones, fueron fundamentales para reproducir las condiciones de vida de las personas, formando parte de su tejido social y moral. Evaristo señala cómo las actividades propias del alerceo, la agricultura y la ganadería se realizaban por medio de prácticas de reciprocidad, como las *mingas*, por las cuales era común compartir las tareas y el acceso a las tierras:

Los mismos viejitos enseñaban y se dedicaban a la tejuela, vendían, pero por poca cantidad. O sea, si uno les decía, anda a hacerme tejuela, uno mismo tenía que darle la comida para unos tres o cuatro días. Partían y nada de plata, porque era puro trueque. Sembraban un día aquí y otro día allá, los bueyes pasaban de aquí para allá.

La obtención de la madera del alerce formaba parte de prácticas de movilidad tradicionales, siendo común desplazarse a la cordillera en busca de alerzales, así como para alimentar e intercambiar ganado. En dichas instancias, lo habitual era compartir mates y asados apenas se arribaba al destino. Estas formas de reciprocidad e intercambio de dones contribuyeron a conformar un sentido de comunidad, pues, como señala Graeber (2018: 27), “los dones actúan como una forma de crear relaciones sociales. Crean alianzas y obligaciones entre individuos o grupos que, de otra manera, podrían no tener nada que ver entre sí”. La importancia de la reciprocidad es destacada por Baltazar, quien describe cómo en sus expediciones en busca de alerzales en la cordillera era recibido por familias que vivían en el sector con un mate y un fogón:

Se viajaba con los bueyes y después iba uno a tomar mate a la cordillera y largar sus bueyes para que pasten un rato. A las 12 salíamos y llegábamos arriba a las seis de la tarde. Daba gusto trabajar el alerce. Llegaba y ‘arregle su mate’ decían, y: “si quiere comer asado eche el asado al fuego, que acalore pa comer”.

El “gusto” del trabajo que don Baltazar refiere a las atenciones que recibía en las casas donde transitaba durante las expediciones, nos indica el reconocimiento social que recibía el alercero. Las difíciles condiciones de acceso a los árboles, sumado al fuerte componente físico del trabajo, así como los mates, los asados y las acampadas en la cordillera, forman parte de una épica del alerce que fija los valores propios de la masculinidad adulta local.

La madera de estas antiguas coníferas era particularmente valorada por su impermeabilidad y durabilidad frente a un clima húmedo y lluvioso, por lo cual la capacidad de obtenerla y elaborarla respondía a la necesidad básica de reproducir la vida de los hogares. A través de ella se daba forma a un mundo material doméstico conformado por las impresionantes tejuelas¹⁰, usadas para revestir las viviendas en las que muchas personas siguen habitando. Además, el alerce era usado para fabricar los más variados objetos. Las tablas de esta madera eran empleadas para la construcción de embarcaciones menores, indispensables para la pesca. La estopa obtenida de la corteza del árbol era usada para sellar, o calafatear, los mismos barcos. Los toneles donde se almacenaba la chicha de manzana; los cercos que delimitaban la propiedad de los sitios, son algunos ejemplos entre muchas otras piezas elaboradas con madera de alerce. Muchos de estos artículos domésticos aún se encuentran en buen estado y son conservados por sus poseedores, destacando particularmente las viviendas revestidas de tejuelas, que habitualmente evocan el recuerdo de los alerceros que labraron esas maderas, quienes frecuentemente hicieron de carpinteros en las *mingas*.

El trabajo alercero tiene una función central en la reproducción de la comunidad, por lo cual los sujetos que lo practican se vuelven merecedores de fama al ser reconocidos por las capacidades o potencias individuales que son capaces de objetivar materialmente (Munn, 1976), dando forma al espacio doméstico y plasmando el paisaje. Por lo tanto, la centralidad de las prácticas del alerce puede ser capturada con el concepto de valor comunal (Munn, 1976), que refiere a aquellos valores considerados como esenciales para la existencia de cualquier comunidad. Uno de los valores fundantes de la sociedad local refiere, como ya fue mencionado, a las habilidades demostradas por los primeros pobladores para enfrentar los desafíos ambientales. Consecuentemente, el prestigio del alercero deriva también, de su capacidad para “limpiar” el campo, término habitualmente utilizado entre los pobladores para caracterizar cómo la naturaleza es domesticada y convertida en un hogar a partir del trabajo (Di Giminianni y Fonck, 2015):

Arriba, en el Arco, hay una trinchera de alerces. Pasa que un caballero era un hombre muy diminuto, pero con muchas ganas de sobrevivir. Intentó hacer patria allá arriba solo. No era hábil, pero tenía empuje. Antes, cuando ellos querían botar un árbol, le hacían el destaje a uno, y lo hacían con todos. Y botaban el de allá y dejaban un efecto dominó. Su intención era abrir el campo. Si antes era normal y tenía prestigio la persona que limpiaba un campo.

En este relato, narrado por Facundo, derribar alerces y “limpiar campo” son prácticas esenciales en la conformación de una sociedad de “colonos marginales” obligados a “hacer patria” (Di Giminianni, Fonck y Perasso, 2019), es decir a cargar con la tarea solitaria

¹⁰ La tejuela de alerce es una pieza rectangular cuyas dimensiones aproximadas son, de acuerdo a los datos aportados por informantes locales, 120 a 60 cm de alto, por 10 15 cm de ancho, por 1 cm de espesor (ver Figura 4).

de “civilizar” territorios de frontera y así poblar áreas disputadas por la nación vecina. Mas la experticia y dominio en el arte del alerceo no sólo se refiere al vigor físico y al “empuje”, sino también a la capacidad de labrar la madera con destreza, reconociendo y respetando sus propiedades o *affordances* (Ingold, 2013). Este repertorio de habilidades y saberes nos muestra cómo el trabajo alcerco, y el reconocimiento social que de él deriva, no se inscribe únicamente en una épica de gestas colonizadoras, sino que implica una profunda conciencia de la interdependencia entre humanos y ambiente. Se trata de habilidades que, como las entiende Tim Ingold (2000: 42), se desarrollan a partir del involucramiento práctico y sensorial con los distintos “otros” con los que se comparte el habitar, es decir con componentes no humanos cuya intencionalidad se considera merecedora de ser

conocida y protegida. En consecuencia, pasar por alto estos conocimientos implica dar pasos en falso con el riesgo de perder todo el trabajo realizado e, incluso, con eventuales consecuencias fatales. Así lo expresa Fernán:

Sabes que de repente vienen unos temporales.... Y yo tenía a mi primo Rodolfo al otro lado. Se paró en un alto y empezamos a conversar río por medio. Me dice: ‘Compadre, no ha visto el río’, y empieza una creciente lluvia. Y empecé a caminar para adentro y empezaron los derrumbes de tierra y de palos caídos. Cuando llego arriba estaba todo desparramado. No había tejuelas, no había nada. Se llevó todo mi trabajo el río; ahí sí que perdimos todo el alerce que habíamos trabajado con mi pariente.

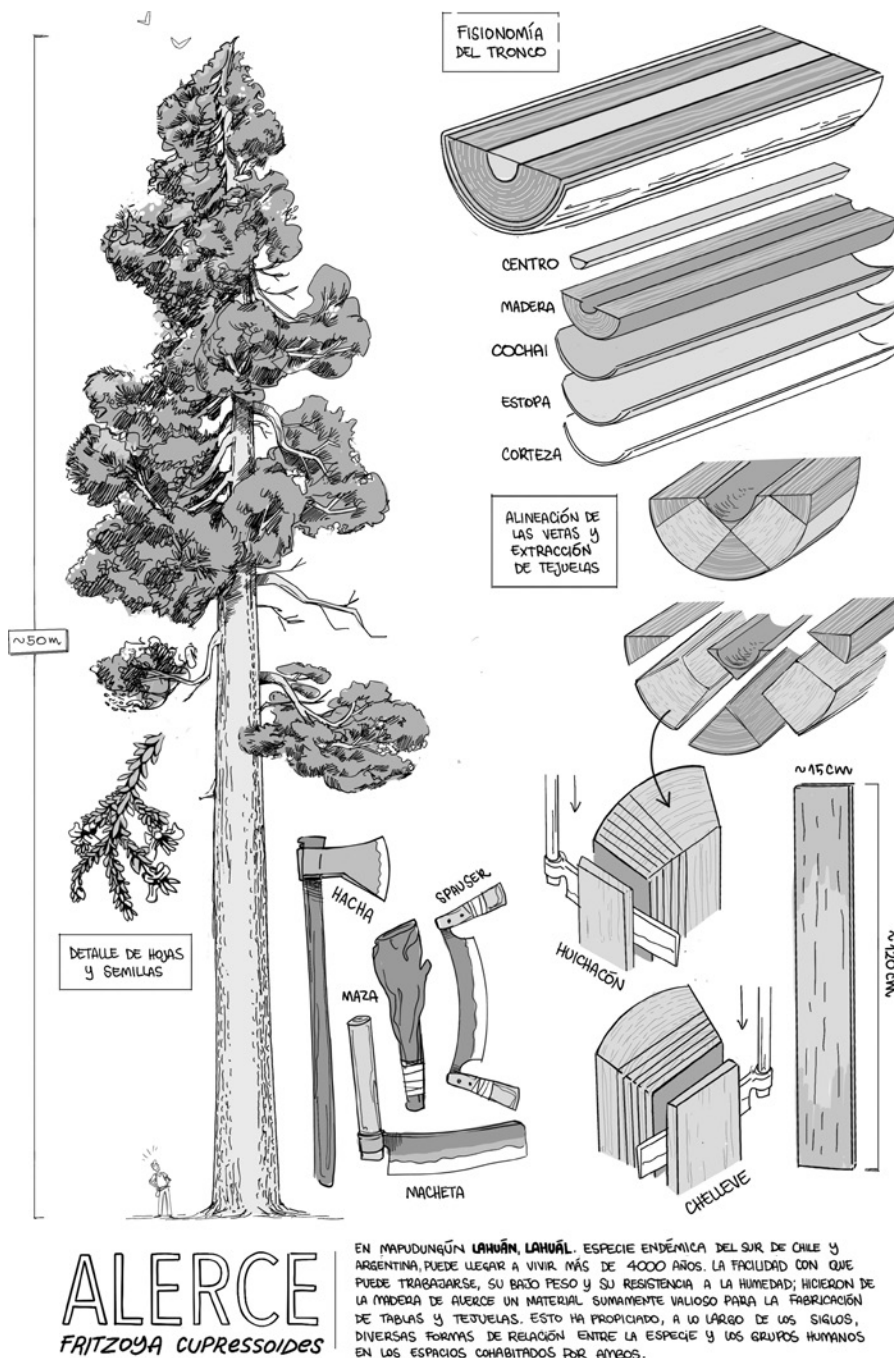


Figura 4. Infografía sobre el alerce y el proceso de fabricación de las tejuelas. Autoría: Sebastián Naranjo.

Testimonios como este nos recuerdan la marginalidad de estos pobladores y dan cuenta de un proceso de colonización que permanece precario y no cabe en una narrativa civilizatoria de dominio irreversible de lo humano. Dentro de este contexto, el perfeccionamiento de las habilidades vinculadas con el alerce se desarrolla necesariamente como parte de un proceso integral de aprendizaje de conocimientos sobre la vida del bosque, de los ríos y de la madera que desvela una dinámica de imbricación recíproca entre mundo social y mundo material. En tal sentido, el trabajo del alerceo no es inculcado ni aprendido de acuerdo con ciertos esquemas predeterminados; por el contrario, se aprende en la práctica. “Nadie me enseñó”, comentan muchos tejueleros sobre el aprendizaje del oficio, “Tenía que ir a la cordillera nomás. Era tan fácil aprenderlo”, nos dice Aliro. Según Fernán, esto convertía a los alerceros en verdaderos artistas, capaces de reconocer la calidad de la madera y moldearla hábilmente, siguiendo la dirección de sus vetas: “Los alerceros eran artistas. Ponían bien el metán y hacían la tejuela. Era de una facilidad, con un combo y el golpe y ya, salía como hoja de libro. Pero ese hombre te hacía 100, 200 tejuelas en un dos por tres.”

Como muestran las citas, el cuerpo de conocimientos relativos a la práctica del alerceo se mantiene vigente en la memoria de las personas entrevistadas. Así, suelen aparecer en los relatos términos vernáculos descritos en la literatura desde el siglo XIX (Gunkel, 1979; Urbina, 2011), como *metán*, referido a un trozo de madera de alerceo ya cuadrado, del que se desprenden las tejuelas, o como *chelleve* y *huichacón*, referidos a la forma en que se desprenden las piezas desde el trozo de madera, dependiendo de si el corte se realiza en dirección tangente a los anillos de crecimiento del árbol o en dirección radial (ver Figura 4). Esto último, según lo expresado por los entrevistados, determina la calidad y usos posibles de la madera extraída, siendo las piezas partidas por *huichacón* las mejores para tejuelas de techo; y las partidas por *chelleve*, en cambio, solo aptas para tablas de revestimiento de muros, por su propensión a romperse al ser clavadas. Históricamente las dimensiones de la tejuela han tendido a disminuir, de la mano de la disminución progresiva del tamaño de los ejemplares de alerceo explotados. Para el revestimiento, las tejuelas se clavan a la estructura del muro o cubierta, en posición vertical, una al lado de otra, formando una línea o “mano” que se superpone parcialmente $-1/2$ o $2/3$ del largo total de la tejuela— con las “manos” superior e inferior, logrando así una superficie altamente impermeable al agua y el viento.

Otros conocimientos alerceros que son referidos con frecuencia por los entrevistados tienen que ver con la capacidad para reconocer la aptitud de los ejemplares para el maderero, por ejemplo tirando de la estopa hacia arriba “rajando” la corteza, y según esto evaluar la calidad de la veta de la madera, o bien identificar ejemplares no aptos para la explotación como los llamados “palos helados”, cuya madera “quemada” por el frío se vuelve en extremo dura,

pesada y difícil de trabajar. Este conocimiento y experiencia en las prácticas del alerceo favoreció la existencia de “estrategias informales de manejo forestal” (Di Giminianni y Fonck, 2015: 17), capaces de lograr un equilibrio entre conservación forestal y necesidades económicas. Así lo plantea Horacio, ya que la tala y trabajo de alerceo no era guiada por la explotación indiscriminada, por el contrario, se tenía el cuidado de ser selectivos para no devastar la especie a partir del reconocimiento de indicios en la corteza del árbol que dan cuenta de un profundo conocimiento ecológico de parte de los alerceros:

El alerceo es blandito porque tiene buena hebra, uno puede hacer maravillas con el alerceo, pero hay que tener buen ojo; y pa eso los antiguos eran expertos, porque llegaban, veían el alerceo, le sacaban un poco la estopa de abajo con el machete, le pegaban la tirada de abajo pa arriba, y cuando ya llevaba dos tres metros pa arriba la estopa decían: “Ya, este es el alerceo ideal”. No era que llegaban y botaban así indiscriminadamente.

7. Alerces, espiritualidad y negocios: el valor patrimonial

El mermado estado de conservación del alerceo, producto de la sobreexplotación histórica, llevó en 1976 al gobierno de la dictadura a declarar la especie como Monumento Natural¹¹, prohibiendo la explotación de ejemplares vivos y permitiendo solo el aprovechamiento de individuos muertos con anterioridad a la fecha (Lara, Echeverría, Thiers, *et al.*, 2008). Esto supuso un reordenamiento significativo tanto en las prácticas campesinas de alerceo como en la explotación industrial. La protección legal del alerceo inauguró un periodo de transformaciones que dieron al territorio cochamonino los semblantes de una nueva ruralidad atribuible a lo que Larsen define como la posfrontera (Larsen 2015; Rasmussen 2019; Rodríguez-Torrent, Mandujano-Bustamante y Vargas-Callegari, 2019). Con ello, se refiere a un conjunto heterogéneo de discursos y actores cuya interacción redefine las modalidades de acceso a los recursos naturales de zonas históricamente caracterizadas por una condición fronteriza. Frente a los discursos civilizatorios y desarrollistas clásicos, todavía vigentes y representados principalmente por las grandes empresas y el Estado, adquieren protagonismo el turismo, las políticas públicas y privadas de conservación ambiental, los derechos indígenas y la sustentabilidad, ONG locales e internacionales. En este sentido, a partir de los 90s se verifica en la comuna de Cochamó y zonas aledañas la creación de parques privados para la conservación de la naturaleza. Todo esto en Cochamó contribuye a crear un nuevo campo político donde los distintos actores van generando convergencias y conflictos con los pobladores locales y sus actividades productivas tradicionales. Si con la prohibición de la tala el alerceo adquiere un valor patrimonial, las dinámicas de la posfrontera abren paso a distintos usos y

¹¹ Anteriormente, en 1973, ya se había prohibido el comercio internacional del alerceo incluyéndolo en el Apéndice I de CITES (Convención sobre el Comercio Internacional de Especies de Fauna y Flora Silvestres en Peligro) y en 1979 el alerceo fue incluido en la lista del acuerdo sobre especies de fauna y flora amenazadas de Estados Unidos (Premoli, Quiroga, Souto, *et al.*, 2013).

apropiaciones del árbol y de la tradicional arquitectura de tejuelas que se balancean entre su potencial mercantil y la valoración de la trayectoria histórica afincada en la memoria de los pobladores locales.

En 1979 fue creada la comuna Cochamó, interrumpiendo así la dependencia administrativa de la lejana capital regional Puerto Montt. A principios de los años 80s, la construcción de la Carretera Austral, a cargo de las Fuerzas Armadas, llegó a beneficiar el área costera de la comuna, poniendo fin a su histórico aislamiento. Sin embargo, el objetivo primario de la ruta longitudinal fue, como declaró el mismo Augusto Pinochet (Valenzuela, 2016: 72), favorecer la explotación de los recursos naturales de las X y XI regiones de Chile. Una de las consecuencias más inmediatas fue la instalación masiva de la industria privada de la salmonicultura en las aguas del estuario de Reloncaví, como parte del *boom* pesquero experimentado por la región a partir de los 90s (Tecklin, Bauer y Prieto, 2011). A la par de los avances en conectividad, desde la década de 1990 se desarrolla en la zona un turismo de intereses especiales, que muestra un notable crecimiento desde que en 1994 fueron “descubiertas” las paredes de granito aptas para la práctica de escalada en el sector de La Junta, en el valle del río Cochamó. Informantes locales señalan este momento como el punto de partida para que desde el año 2000 se produjera una importante llegada de turistas norteamericanos y europeos y más recientemente la consolidación de un turismo masivo¹².

La industria del turismo apela al imaginario histórico de la Patagonia, ofreciendo alternativamente experiencias de aventura, que permiten revivir el mito del pionero frente a la naturaleza indomable, o infraestructuras hoteleras y termales basadas en la idea de descanso y contemplación del paisaje (Núñez, Matossian y Vejsbjerg, 2012; Fletcher, 2014; Mendoza, Fletcher, Holmes, *et al.*, 2017). Así lo evidencian los discursos de algunas ONG, que indican que, producto de la “desconexión vivida durante siglos”, la comuna “preservó casi intacto sus paisajes naturales” (Puelo Patagonia, s.f.). Estas cualidades son magnificadas por el Estado, que caracteriza al valle de Cochamó como “imponente” por su “naturaleza virgen” y sus bosques de alerce (Municipalidad de Cochamó, 2012; Gobierno Regional de Los Lagos, 2015). Estas invocaciones al carácter supuestamente indemne de la naturaleza son funcionales al posicionamiento de la comuna como un destino turístico que promueva su desarrollo económico. Así lo explicita la declaración, en 2023, de un sector del valle de Cochamó como Santuario de la Naturaleza, justificado por ser albergue de alerzales, entre otros atributos bióticos, hídricos y geológicos que son un “factor determinante para que la actividad turística se transforme en una acción altamente productiva” (Consejo de Ministros para la sustentabilidad y el cambio climático, 2023). En el contexto de la emergencia del nuevo valor de la naturaleza local, la acumulación de propiedades de tierras –mediante compra a privados y al fisco– y derechos de aprovechamiento de agua por parte de particulares externos a la sociedad

local, está dando lugar a un florecer de amplias áreas de loteos destinados al negocio inmobiliario. Los terrenos que están al centro de estas contenedas se encuentran en áreas que albergan bosques de alerce y el carácter patrimonial emblemático de la especie contribuye significativamente a la valoración de estos sitios.

Sin embargo, el pasaje a una nueva forma de valor turístico y patrimonial se dio de manera más gradual de lo que la prohibición de tala del alerce, implementada en 1976, induce a pensar. En sus intentos para afrontar la crisis económica vivida desde los primeros años de la década de 1980, el gobierno de la dictadura puso en marcha el Programa de Empleo Mínimo (PEM) y el Programa de Ocupación para Jefes de Hogares (POJH), que, en nuestra área de estudio, se concretaron en la contratación de mano de obra local para el trabajo alcerero. Oficialmente, los grandes volúmenes de alerce caído como consecuencia de la explotación histórica habrían sido la fuente para la fabricación de tejuelas destinadas a la construcción y mantenimiento de edificios e infraestructura local. Extraoficialmente, según una versión difundida entre quienes alcanzaron a conocer directamente los hechos, se continuó con la tala de alerces en pie, para abastecer el provechoso mercado ilícito, nacional e internacional, abierto con la entrada en vigencia de la protección de la especie. Sin embargo, cuando la nueva normativa fue efectivamente implementada permitió únicamente extraer la madera de alerces caídos y mediante un plan de manejo aprobado por la Corporación Nacional Forestal (CONAF). La madera de alerce para uso cotidiano en viviendas y embarcaciones debió sustituirse paulatinamente por otros materiales, solo disponibles en el comercio, como el acero zincado o la masilla.

Aun con las formas locales de sortear la prohibición, se puede decir que las restricciones a la tala de alerce terminaron imponiendo barreras insuperables a las prácticas forestales artesanales. No obstante, transcurridas ya tres décadas desde la prohibición, el valor de la conservación de la especie parece haber sido asimilado por los pobladores locales, tanto que se escuchan con frecuencia evaluaciones positivas, como la de Yolanda, sobre cómo las políticas de conservación del alerce permitieron la regeneración del bosque:

Hay algunos alerces que... hoy en día yo voy y veo cinco alerces de un metro, metro y medio, hasta dos, tres metros. Entonces ahí tú puedes ver cómo se va regenerando nuevamente el bosque. Se hizo daño, estamos de acuerdo, pero hace 30 años atrás, 20 años atrás, estaba sin regeneración y ahora está todo verde.

La consagración del carácter patrimonial de alerce y las constantes alusiones a los valores estéticos del paisaje han favorecido el surgimiento de proyectos turísticos, impulsado tanto por pobladores locales como por afuerinos. Así pues, existen algunos emprendimientos cuya finalidad es adquirir viviendas y pequeñas propiedades para convertirlas en *lodges* u hoteles *boutique*. En tales circunstancias,

¹² Datos recientes dan cuenta del aumento explosivo del turismo, pues el Valle de Cochamó pasó de registrar 360 visitantes en 2013, a 15.584 en 2019 (Subsecretaría de Turismo, 2020).

las casas con tejuelas de alerce son muy apreciadas y valoradas justamente por la historia y el carácter patrimonial que albergan. Sin embargo, para los compradores las viviendas dejan de estar vinculadas directamente con los cochamoninos, para ser convertidas en objetos alienables de sus vínculos sociales e históricos, cuyo consumo se explica por el valor estético que tiene para los turistas, adquiriendo un carácter mercantil. Rodrigo, un empresario procedente de la capital, en busca de un contexto bucólico donde escaparse del estrés de la metrópolis, transformó en *lodge* una antigua casa ubicada en el estuario del río Puelo que en el pasado funcionaba como almacén y hostería para los arrieros que bajaban de la cordillera:

Esa casa que está al lado, no se restauró y se cayó. Entonces pierden patrimonios que son importantes para la zona, para la región, para el turismo. Nosotros aquí, esto lo compramos. Era un lodge. Un italiano lo compró en el año noventa y tanto. Compró esta casa, que era una casa antigua, que no valía nada, casa de colonos. Y se dejó la fachada y por dentro se restauró.

Otra forma habitual por medio de la cual se manifiesta una nueva forma de valoración económica del alerce es por medio de su asociación con el paisaje y la renta que posibilita extraer. Así ha sucedido con inversionistas y empresarios que han adquirido varias hectáreas de propiedad en Cochamó, convirtiendo el ambiente en parte fundamental de lógicas de especulación para extraer la mayor rentabilidad posible de la tierra. Esto es particularmente evidente en algunos predios que son propiedad de sociedades anónimas en las que participan varios accionistas, quienes suelen optar entre dos posibilidades: convertirlos en áreas de conservación ambiental que puedan servir como atractivos turísticos, o subdividirlos en lotes y comercializarlos como parcelas de agrado a personas de alto poder adquisitivo que provienen de fuera de Cochamó¹³.

En el caso de un extenso predio cercano al estuario de Reloncaví, que fue sitio histórico de explotación alercera, los dueños optaron por una solución intermedia: destinaron la mayor parte del predio a la realización de un área de conservación y parcelaron 100 hectáreas a subdividirse entre los cerca de 40 socios propietarios. Martín, actual administrador del fundo y encargado de poner en marcha el plan de negocios del proyecto de conservación, nos explica que su visión es promover turismo recreativo, investigación científica, educación ambiental y responsabilidad social. Quiere construir un “parque escuela” sin fines de lucro donde participen instituciones educativas de la zona y de otras partes del país con el objetivo de “invitar gente sin acceso a la naturaleza a conocer los atributos ecológicos de este lugar con el fin de gatillar cambios significativos en sus vidas”. Los bosques de alerce ubicados en la parte más alta del fundo están en el centro de la propuesta, tanto por sus excepcionales características biológicas,

como por el vínculo con la historia local. A esto se agrega un poder sanador de carácter espiritual que él mismo ha aprendido a sentir en terreno: “Me costó familiarizarme con el bosque, el monte, era difícil ir con tanta rama al comienzo, pero al trabajar me fui sensibilizando, sintiendo la energía, sintiendo los árboles y me di cuenta que acá era distinto y hermosos. El vínculo espiritual no estaba, sino que fui acercándome”. Las propiedades espirituales del alerce pueden contribuir a reproducir experiencias de otras partes de la Patagonia, donde los “baños de bosque” han permitido beneficiar a personas procedentes de contextos de marginalidad y violencia de la capital:

Traen gente de Santiago que están metidos en el narco, en malas situaciones y les ha ido bien con resultados en liceos y colegios que están vinculados al mal vivir. Y hay videos que lo comprueban y cómo les ha cambiado la vida sin conocer el bosque en Aisén y están en la onda de seguir con esto que les cambió la vida. Hacen actividades, poesía, canto, tiene una onda muy filósofa.

Sin embargo, a pesar de las evidentes limitaciones de los cochamoninos para hacer frente a los capitales afuerinos y la amenaza de alienación que suponen, aún pervive el recuerdo del valor comunal del alerce y su conexión con la identidad local. La misma mezcla de conciencia ecológica, inspiración espiritual e impulso empresarial se manifiesta en el proyecto turístico de Ismael, joven local que después de haber estudiado en Puerto Montt y haber trabajado en el rubro de la pesca industrial, decidió volver a la tierra de sus padres. Mientras recorremos una antigua huella alercera originariamente abierta por su abuelo, uno de los primeros pobladores del sector Las Gualas, Ismael nos cuenta cómo los alerces fueron cruciales en hacerle tomar conciencia de la necesidad de efectuar un cambio radical en su vida:

Hice mi primer *trekking* en la Junta de Cochamó, fui hace tres años. Y ahí fue como mi primer reencuentro con mi tierra. Los alerces, bacán. Fui al cerro Arco Iris. Fui al primer mirador. Y decir, igual mis valles están al lado, por qué no, y siempre quise emprender. Siempre trabajé, pero no quería depender de otros. Siempre mi tiempo, mi libertad. Y fue en búsqueda de la libertad... es que este campo es grande, es inmenso. Y fui escuchando la historia de cómo llegó mi abuelo y ahí quise recuperar la ruta.

Después de haber probado la dura y mal remunerada vida marinera, navegando a lo largo de la Patagonia chilena en las faenas pesqueras, Ismael vuelve a sus tierras atraído por varios factores. La inmensidad del “campo” que posee su familia le inspira un sentimiento de libertad que se refiere tanto al goce del vínculo con la naturaleza, como a las posibilidades de emprendimiento que lo desvinculen de una condición proletaria urbana. Esta búsqueda de libertad se concreta con particular intensidad en el

¹³ En 2016, siguiendo el modelo norteamericano de los *conservation easement* y *land trust*, se promulga en Chile la ley N° 20.930 de Derecho Real de Conservación, que faculta la conservación formal del patrimonio ambiental de un predio mediante un gravamen voluntario de la propiedad. El espíritu de la norma apuesta al fomento de la conservación ambiental privada y a que este aporte a la valoración económica de los predios donde esta tiene lugar, compatibilizando conservación y negocio inmobiliario.

trekking a los alerces, pues este favorece alcanzar una plenitud psico-física debida a la superación de los desafíos que implica el accidentado camino y a la posibilidad de abrazar los milenarios árboles para asimilar su energía y la del micelio – “la madre, el origen de la vida” –, red subterránea del reino fungi que sana el ecosistema boscoso. Por otro lado, el emprendimiento de Ismael se reconecta con su memoria familiar buscando “contar una historia” que valore las rutas y las prácticas vinculadas con el alerce y con ellas la experiencia de los que, como su abuelo, vinieron a “hacer patria”. En su discurso, el proyecto turístico que está formando no tiene fines de lucro, sino que busca generar los ingresos suficientes para mantener “una vida libre”, un “buen vivir”, pudiendo contar también con las actividades de subsistencia tradicionales que su familia todavía práctica. Uno de sus objetivos, nos dice, es revivir los valores de reciprocidad y hospitalidad que atribuye a la sociedad campesina de antaño. De hecho, la invitación que nos hace a realizar el *trekking* de los alerces es exenta de cobro y nos encontramos abrumados por sus atenciones, compartiendo comidas y mates con su familia a lo largo de dos días, pidiéndonos a cambio únicamente el apoyo que podamos dar en la valoración de la historia y la cultura local.

En el contexto de la posfrontera, caracterizado por las tensiones generadas por la aparición de nuevos actores económicamente poderosos, se afirma una valoración conservacionista y patrimonial de la especie y de los productos elaborados históricamente, que mantiene al alerce como símbolo clave de la identidad territorial. Lo que está en juego en la actualidad es si este valor implicará el desarrollo de proyectos turísticos de pequeña escala y localmente gestionados, como el caso de Ismael, o si terminará favoreciendo la especulación inmobiliaria u otros intereses de los grandes capitales afuerinos.

8. Conclusiones

El valor económico, estético y patrimonial que tiene el alerce en la actualidad es, como ya fue mencionado, objeto de reivindicación de parte de los pobladores de Cochamó. “Estas tierras tienen valor porque nosotros supimos cuidarla”, se escucha con frecuencia para expresar el recelo frente al aprovechamiento foráneo de los recursos locales y para responder a las interpelaciones sobre el daño ecológico que habrían producido la ganadería y el madereo tradicional. Este reclamo manifiesta la frustración frente a la posición de marginalidad que ha caracterizado la sociedad local a lo largo de su historia. Como en el caso de las basas perdidas en la anécdota narrada en la introducción –alcanzables y a la vez elusivas, codiciadas y temidas– el alerce representa el epítome de la relación local con los procesos de modernización. Conscientes de tener en sus manos el correspondiente vegetal del oro, nunca pudieron aprovechar su potencial riqueza, así como nunca se concretaron los deseos de mayores infraestructuras y posibilidades económicas de los primeros pioneros que vinieron a “hacer patria”.

Vimos cómo el valor mercantil del alerce se plasma durante el periodo colonial cuando su explotación se convierte en el principal motor económico de la provincia de Chiloé, y la extracción

de los “reales de madera” impulsa el poblamiento de las zonas costeras del Estuario de Reloncaví. En épocas sucesivas, si bien representa uno de los recursos que promueven la colonización de la Patagonia, su aprovechamiento mercantil permanece en segundo plano en el territorio de Cochamó, donde algunos intentos de explotación industrial fracasan o tienen vida breve por el carácter aislado y accidentado del territorio. La prohibición de la tala en 1976 abre una fase de conservación de la especie que coincide en Cochamó con una vinculación creciente con el capitalismo global, puesto que sus tierras llegan a estar en el centro de intereses extractivistas, conservacionistas, turísticos e inmobiliarios. Sin embargo, la llegada de grandes capitales y una presencia más concreta del Estado no revierten enteramente la posición de la población local, que se mantiene al margen de las oportunidades de enriquecimiento y se beneficia únicamente por efecto de “chorreo”. Además, el creciente cercamiento de tierras privadas y el enfoque de conservación excluyente que tienen muchos proyectos limitan la libre circulación cordillerana, que era parte integrante de las actividades de subsistencia tradicionales, las cuales terminan expuestas a cuestionamientos por su impacto ecosistémico.

Frente a tales interpelaciones los pobladores reivindican un saber ecológico informal desarrollado a lo largo de una trayectoria histórica de convivencia entre humanos y no-humanos en un territorio específico. Pudimos ver cómo los cuidados que mencionan han sido el resultado de la dialéctica entre el *ethos* civilizador propio de una sociedad de colonos, con su repertorio de prácticas de sometimiento de la naturaleza, y el involucramiento práctico y sensorial con un ambiente que se considera poblado de fuerzas vitales mercedoras de ser protegidas y conocidas. Las prácticas del alerce, desarrolladas en Cochamó a lo largo del siglo XX, son parte central de esta forma local de vinculación con el ambiente, y su estudio etnográfico en perspectiva histórica nos permite cuestionar la dicotomía conquista/armonía que resuena todavía en muchos trabajos académicos, así como en las iniciativas públicas y privadas de la conservación.

A pesar de desarrollarse en un contexto de colonización, estas prácticas no terminan encajando ni en los procesos de alienación y mercantilización capitalistas, ni en valores de uso propios de contextos pre o anticapitalistas. Siguiendo a Tsing, quisimos mostrar cómo esta configuración territorial específica es el resultado del devenir histórico de redes locales y globales de poder, comercio y significado. El caso del alerce muestra de forma clara las fricciones que impiden al capitalismo global realizar su vocación totalizante, debiendo en cambio acomodarse a las discontinuidades a las cuales lo exponen sucesos históricos y lógicas culturales particulares. El valor mercantil del alerce, muy tempranamente definido, tiene que retroceder frente a las condiciones de marginalidad en las que se encuentran viviendo los pobladores de Cochamó y, si bien no desaparece del todo, el trabajo alercero y sus productos adquieren un valor comunal, impregnándose de historias familiares, afectos y relaciones sociales orientados a crear personas y generar

comunidad. Solamente si se reconoce esta historia de convivencia entre humanos y alerce, se puede dar la posibilidad que estas coníferas milenarias, resignificadas dentro del nuevo contexto marcado por los intereses del capitalismo verde, sigan siendo un elemento aglutinante de la vida social cochamonina.

Referencias bibliográficas

- Appadurai, Arjun (1986). *The Social Life of Things Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Boschmann, Eric; Cubbon, Emily (2014). "Sketch Maps and Qualitative GIS: Using Cartographies of Individual Spatial Narratives in Geographic Research." *The Professional Geographer*, 66(2): 236-248. DOI: 10.1080/00330124.2013.781490
- Burow, Paul; Brock, Samara; Dove, Michael (2018). "Unsettling the Land: Indigeneity, Ontology, and Hybridity in Settler Colonialism." *Environment and Society*, 9: 57-74. <https://www.jstor.org/stable/26879578>.
- Cabeza, Ángel (1988). *Aspectos históricos de la legislación forestal vinculada a la conservación, la evolución de las áreas silvestres protegidas de la zona de Villarrica y la creación del primer Parque Nacional de Chile*. Santiago: Corporación Nacional Forestal.
- Comaroff, Jean; Comaroff, John (2005). "Colonizing currencies: Beasts, banknotes, and the colour of money in South Africa", en Wim Van Binsbergen y Peter Geschiere (eds.), *Commodification: Things, Agency, and Identities. (The Social Life of Things Revisited)*. Berlín: LIT, 145-174.
- Consejo de ministros para la sustentabilidad y el cambio climático (2023). Ministerio del Medio Ambiente. Disponible en: <https://mma.gob.cl/wp-content/uploads/2023/03/Auerdo-3-2023.pdf> [Consultado 19-07-2023]
- De Rosales, Diego (1877). *Historia general de el reyno de Chile, Flandes indiano / por Diego de Rosales; publicada, anotada i precedida de la vida del autor i de una estensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna*. Valparaíso: Imprenta El mercurio.
- Di Giminiiani, Piergiorgio; Fonck, Martín (2015). "El paisaje como proceso de vida: experiencias de domesticación del bosque en el sur de Chile". *Revista de geografía Norte Grande*, 61: 7-24. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022015000200002>
- Di Giminiiani, Piergiorgio; Fonck, Martín; Perasso, Paolo (2019). "Can natives be settlers? Emptiness, settlement and indigeneity on the settler colonial frontier in Chile". *Anthropological Theory*, 21(1): 1-25. <https://doi.org/10.1177/14634996198680>
- Dillehay, Tom D. (1990). *Araucanía: presente y pasado*. Santiago: Andrés Bello.
- Eiss, Paul (2008). "Beyond the object: Of rabbits, rutabagas and history". *Anthropological Theory*, 8(1): 79-97. <https://doi.org/10.1177/1463499607087496>
- Escobar, Arturo (2017). "Sustaining the Pluriverse: The Political Ontology of Territorial Struggles in Latin America", en Marc Brightman y Jerome Lewis (eds.), *The Anthropology of Sustainability*. New York: Palgrave Macmillan, 237-256. https://doi.org/10.1057/978-1-137-56636-2_14
- Fletcher, Robert (2014). *Romancing the Wild: Cultural Dimensions of Ecotourism*. Durham: Duke University Press.
- Fonck, Francisco (1896). *Viajes de Fray Francisco Menéndez a la cordillera*. Valparaíso: Niemeyer.
- Freddi, Andrea (2022). "“En la pampa todos somos gauchos...”". Etnografía del arreo en la frontera de la Norpatagonia" *CUHSO*, 32(1): 419-446. <http://dx.doi.org/10.7770/cuhso-v32n1-art2429>
- (2023). "Habitar en el viaje. Una aproximación antropológica a la Norpatagonia chilena". *Revista de Antropología*, 66, e203121. <https://doi.org/10.11606/1678-9857.ra.2022.203121>
- Gobierno Regional de Los Lagos (2015). *Política Regional de Turismo e Imagen Región*. Gore Los Lagos. Disponible en: <https://pac.subturismo.gob.cl/wp-content/uploads/2021/07/Ficha-postulacion-ZOIT-Puelo-Cochamo-Hualaihue.pdf> [Consultado 19-07-2023]
- Graeber, David (2013). "It is value that brings universes into being". *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 3(2): 219-243
- (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gregory, Chris (1997). *Savage Money: The Anthropology and Politics of Commodity Exchange*. Londres: Routledge.
- Gunkel, Hugo (1979). "Vocablos populares técnicos relacionados con la industria del alerce (*Fitzroya cupressoides* (Molina) I. M. Johnston) en Chiloé y Llanquihue". *Noticiero mensual del Museo Nacional de Historia Natural*, año XXIII no. 274-275: 3-14.
- Harambour, Alberto (2019). *Soberanías fronterizas. Estados y capital en la colonización de Patagonia (Argentina y Chile, 1830-1922)*. Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Harper, Janice (2003). "Memories of Ancestry in the Forests of Madagascar", en Pamela Stewart, Andrew Strathern (eds.), *Landscape, memory, and history. Anthropological perspectives*. Londres: Pluto Press, 89-107.
- Humphrey, Caroline; Hugh-Jones, Stephen (1992). "Introduction: Barter, exchange and value", en Caroline Humphrey, Stephen Hugh-Jones (eds.) *Barter, Exchange and Value An Anthropological Approach*. Nueva York: Cambridge University Press, 1-20.
- Ingold, Tim (2000). *The Perception of the Environment Essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres: Routledge.
- (2013). "Los Materiales contra la materialidad". *Papeles de Trabajo*, 7(11): 19-39.
- Instituto Nacional de Estadísticas, Chile (2017). *Resultados CENSO 2017*. Disponible en <http://resultados.censo2017.cl/Region?R=R10> [Consulta: 21-06-2023].
- Kusenbach, Margarethe (2003). "Street phenomenology: The go-along as ethnographic research tool". *Ethnography*, 4(3): 455-485. <http://www.jstor.org/stable/24047846>
- Kockelman, Paul (2016). *The chicken and the quetzal: incommensurate ontologies and portable values in Guatemala's cloud forest*. Durham y Londres: Duke University Press.

- Kohn, Eduardo (2013). *How forests think: toward an anthropology beyond the human*. Berkeley: California University Press.
- Lara, Antonio; Echeverría, Cristian; Thiers, Oscar; et al. (2008). "Restauración ecológica de coníferas longevas: el caso del alerce (*Fitzroya cupressoides*) en el sur de Chile", en Mario González-Espinoza, José María Rey-Benayas y Neptalí Ramírez-Marcial (eds.), *Restauración de bosques en América Latina*. México: Fundación Internacional para la Restauración de Ecosistemas, 39-56.
- Larsen, Peter (2015). *Post-frontier resource governance: indigenous rights, extraction and conservation in the Peruvian Amazon*. Londres: Springer.
- Latcham, Ricardo (1930). "La dalca de Chiloé y los canales patagónicos". *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, Chile*, 13: 63-72.
- Méndez, Laura; Muñoz Sougarret, Jorge (2013). "Economías cordilleranas e intereses nacionales: genealogía de una relación. El caso de la Compañía Comercial y Ganadera Chile-Argentina (1895-1920)" en Andrés Nuñez, Rafael Sánchez y Federico Arenas (eds.), *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos. La cordillera de Los Andes como espacialidad sociocultural*. Santiago: RIL, 163-188.
- Mendoza, Marcos; Fletcher, Robert; Holmes, George; et al. (2017). "The Patagonian Imaginary: Natural Resources and Global Capitalism at the Far End of the World." *Journal of Latin American Geography* 16(2): 93-116. doi:10.1353/lag.2017.0023.
- Molina Otárola, Raúl; Correa, Martín; Smith-Ramírez, Cecilia; et al. (2006). *Alerceros huilliches de la cordillera de la costa de Osorno*. Santiago: Andros.
- Morales, Diego (2014). "El negocio de la madera: comerciantes y "hacheros" de Chiloé, 1850-1875". *Magallania (Punta Arenas)* 42(2): 41-60. doi: http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442014000200003
- Moya Cañoles, Francisca; Sierralta, Simon; Gutiérrez, Renata (2019). "Nuevo registro de arte rupestre en pasos cordilleranos: Paredón Luisa (Cochamó, Región de Los Lagos, Chile)". *Magallania (Punta Arenas)*, 47(2): 175-182. doi: http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442019000200175
- Municipalidad de Cochamó y Lof Limitada. (2012). Plan de Desarrollo Comunal Cochamó 2021-2020. Disponible en www.municochamo.cl/transparencia/pladecos/PladecosCochamo.pdf [Consultado 18-07-2023]
- Munn, Nancy (1992). *The Fame of Gawa: A Symbolic Study of Value Transformation in a Massim (Papua New Guinea) Society*. Durham: Duke University Press.
- Myers, Fred (1996). "Introduction: The Empire of Things". Fred Myers (ed.), *The Empire of Things: Regimes of Value and Material Culture*. Nuevo México: School of American Research Press, 3-64.
- Núñez, Paula; Matossian, Brenda; Vejsbjerg, Laila (2012). "Patagonia, de margen exótico a periferia turística. Una mirada sobre un área natural protegida de frontera". *PASOS Revista de turismo y patrimonio cultural*, 10(1): 47-59.
- Pizarro, Rodrigo; Zoloezzi, Cristóbal (2004). *Tala ilegal de alerces: las responsabilidades de CONAF*. Santiago: Terram Publicaciones.
- Podestá, Mercedes; Bellelli, Cristina; Scheinsohn, Vivian (2008). "Arqueología de pasos cordilleranos: un caso de análisis en la Comarca Andina del Paralelo 42° y Áreas Vecinas durante el Holoceno Tardío". *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 13: 37-55.
- Premoli, Andrea; Quiroga, Paula; Souto, Cintia; et al. (2013). "Fitzroya cupressoides. Patagonian Cypress". *The IUCN Red List of Threatened Species*. <http://dx.doi.org/10.2305/IUCN.UK.2013-1.RLTS.T30926A2798574.en>
- Puelo Patagonia (s.f.). Senado de la República de Chile. Disponible en: https://www.senado.cl/appsenado/index.php?mo=tramitacion&ac=getDocto&iddocto=1891&tipodoc=docto_comision [Consultado 19-07-2023].
- Rasmussen, Mattias Borg (2019). "Institutionalizing precarity: Settler identities, national parks and the containment of political spaces in Patagonia". *Geoforum* 119: 289-297. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2019.06.005>
- Reiche, Carlos (2013 [1934]). *Geografía Botánica de Chile*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Rodríguez-Torrent, Juan Carlos; Mandujano-Bustamante, Fernando; Vargas-Callegari, Rodrigo (2018). "Ruralidad, conservación y justicia territorial. Legitimidades desiguales en la Patagonia Norte chilena". *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 35: 155-181. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2018.n35-10>
- Skewes, Juan Carlos (2016). "Residencias en la cordillera: La lógica del habitar en los territorios mapuche del bosque templado lluvioso en Chile". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 26, 133-154. <https://doi.org/10.7440/antipoda26.2016.06>
- Skewes, Juan Carlos; Guerra, Debbie; Rebolledo, Susana; et al. (2020). "La regeneración de los bosques: paisaje, prácticas y ontologías en el sur de Chile". *Estudios atacameños*, 65: 385-405. <https://dx.doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2020-0033>
- Strathern, Marilyn (1992). "Qualified value: the perspective of gift exchange", en Caroline Humphrey y Stephen Hugh-Jones (eds.) *Barter, Exchange and Value An Anthropological Approach*. Nueva York: Cambridge University Press, 169-191.
- Subsecretaría de Turismo (2018). Ficha de Plan de Acción Declaración Zona de Interés Turístico (ZOIT) "Río Puelo, Cochamó y Hualaihué". Disponible en: <https://www.subturismo.gob.cl/wp-content/uploads/2023/03/ficha-plan-de-accion-zoit-2.pdf> [Consultado 18-07-2023]
- Taussig, Michael (1980). *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Tecklin, David; Bauer, Carl; Prieto, Manuel (2011) "Making environmental law for the market: the emergence, character, and implications of Chile's environmental regime". *Environmental Politics*, 20: 879-898.
- Torrejón, Fernando; Cisternas, Marco; Alvial, Ingrid; et al. (2011). "Consecuencias de la tala maderera colonial en los bosques de alerce de Chiloé, sur de Chile (Siglos XVI-XIX)". *Magallania (Punta Arenas)*

- nas), 39(2): 75-95. doi: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442011000200006>
- Tsing, Anna (2005). *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton: Princeton University Press.
- (2013). "Sorting out commodities: How capitalist value is made through gifts". *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 3 (1): 21-43
- Turner, Terence (2003). "The Beautiful and the Common: Inequalities of Value and Revolving Hierarchy among the among the Kayapó". *Tipiti: Journal of the Society for the Anthropology of Lowland South America*, 1(1): 11-26.
- (2008). "Marxian value theory: An anthropological perspective". *Anthropological Theory*, 8(1): 43-56. <https://doi.org/10.1177/1463499607087494>
- Urbina, M. Ximena (2011). "Análisis histórico-cultural del alerce en la Patagonia septentrional occidental, Chiloé, siglos XVI al XIX". *Magallania (Punta Arenas)* 39(2): 57-73. doi: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442011000200005>
- Valenzuela, Rosario (2016). *La naturaleza no da: exclusión y apropiación de la naturaleza en el contexto post crisis del ISA en Cochamó*. Tesis de Antropología Social. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.
- Viveiros De Castro, Eduardo (2007). "The Crystal Forest: Notes on the Ontology of Amazonian Spirits". *Inner Asia*, 9(2): 153-172. <http://www.jstor.org/stable/23614989>
- Weiner, Annette (1980). "Reproduction: A Replacement for Reciprocity". *American Ethnologist*, 7(1): 71-85.
- (1985). "Inalienable Wealth". *American Ethnologist*, 12(2): 210-227.
- West, Paige (2005). "Translation, Value, and Space: Theorizing an Ethnographic and Engaged Environmental Anthropology". *American Anthropologist*, 107(4): 632-642. <http://www.jstor.org/stable/3567381>

Andrea Freddi es académico del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Lagos, Chile. Es doctor en Antropología Cultural por la Universidad de Torino, Italia, y ha hecho investigaciones etnográficas en Guatemala y Estados Unidos sobre temas de migraciones transnacionales, discursos y prácticas del desarrollo post-guerra y política indígena. Actualmente realiza investigaciones en la zona fronteriza de la Norpatagonia chilena y argentina sobre los efectos de extractivismo, turismo y conservación ambiental.

Lucaz Gonzalez es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado. Es licenciado en antropología por la Universidad Alberto Hurtado y magíster en Desarrollo Urbano por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus intereses de investigación se han enfocado en temas de inseguridad y violencia urbana, migraciones internacionales, marginalidad y exclusión social. Actualmente se encuentra incursionando en temas de turismo y desarrollo sustentable.

Felipe Cecchi es licenciado en Antropología Social por la Universidad de Chile. Ha trabajado en investigación y proyectos aplicados relacionados a temáticas socio ambientales, de desarrollo local sustentable, ciencia ciudadana y aspectos sociales de la conservación de la naturaleza, en diversas áreas rurales del norte y sur de Chile.